

Iritzia

Behatokia

POR
Enrike
Zuazua



Inmersión y periscopio

Los nuevos tiempos exigen alternar la inmersión, en la realidad, y el periscopio, ver más allá de la superficie sin ser visto, con inteligencia

La palabra *inmersión* no formaba parte de nuestro vocabulario hasta que la aprendimos en aquella tele-serie de submarinos, *Viaje al fondo del mar*, cuando todavía la tele era en blanco y negro, aunque parecía gris.

Y así entendimos que la inmersión consiste en la inclusión de un sólido en un líquido; en aquel caso el submarino en el mar. Sería divertido volver a ver alguno de aquellos capítulos pues los efectos especiales que en la época nos dejaban boquiabiertos, hoy posiblemente no darían la talla de un disfraz casero de carnaval. Pero por entonces era lo que había, y resultaba divertido y hasta pedagógico.

La serie nos enseñó algunos de los elementos básicos de los submarinos, de su estética y funcionamiento. Más tarde supimos que algunos animales que en la serie parecían de fantasía habitan efectivamente los fondos abisales.

Pero la historia de los submarinos que nosotros descubrimos en los 60 viene de lejos. De hecho, hay testimonios de que, ya en el siglo XVI, hubo quien pudo sumergirse en el agua sin que se apagase el fuego de la antorcha que portaba. Ahora bien, el desarrollo y diseño de los sumergibles, tal y como hoy los entendemos, es mucho más reciente. Isaac Peral fue uno de los pioneros, autor de una gloriosa página de la historia de la nave-

gación submarina. El torpedero de propulsión eléctrica que diseñó, adelantándose a su tiempo, fue botado en Cádiz en 1888. Aquél artilugio, que habría proporcionado a la armada española la ventaja frente a sus adversarios que pronto echaría en falta, fue sin embargo desautorizado y descartado, paradójicamente, por los gobernantes de la época, a causa de su falta de visión, de oscuras conjuras palaciegas y grandes dosis de envidia, el gran pecado peninsular, que invadieron los centros de decisión por la notoriedad y prestigio social que el magnífico inventor había alcanzado.

Diez años después, España perdía estrepitosamente la guerra hispano-estadounidense y sus territorios en el Caribe y Filipinas, arrepintiéndose del grotesco portazo que dio al genial y poco comprendido Peral.

Y aunque el término "inmersión" nos pilló por sorpresa en la niñez, en realidad se trataba de un acto que ejercitábamos de manera frecuente y autodidacta en verano en nuestras playas, pues nuestras familias ya formaban parte de aquella incipiente clase media que podía ofrecer a sus hijos gafas, tubo y aletas. Por entonces, en nuestras aguas abundaban salmonetes, pulpos y lenguados, e incluso congrios, aunque ya no se veían las lubinas y doradas de diez libras que nuestros aitas nos decían frecuentaban nuestras costas apenas dos décadas atrás. Hoy, nuestros fondos marinos lucen más raros, buena prueba del riesgo que el humano entraña para la biodiversidad y lo difícil que es un desarrollo sostenible y respetuoso con el medio ambiente.

A pesar de ello, algunos de los que se inician en el buceo en aquella época continúan con la práctica, habiendo compensado la escasez de peces con mucha afición y un equipamiento más profesional, incluido el neopreno, que en aquella época era también objeto de televisión.

Con peces o no, de todas formas, el agua siempre fue y será reto y obsesión para el ser humano.

Arquímides reflexionó ya sobre el asunto y enunció su Principio, según el cual, un cuerpo sumergido en un fluido en reposo recibe un empuje hacia arriba igual al volumen del fluido que desaloja. De ahí que sea más fácil la inmersión con un cinturón de plomo y tan difícil con un flotador.

Pero, por mucho que lo intentemos, a los humanos la biología nos impone vivir en tierra o en la superficie del agua y, aunque se diga que quien muestra arrojo y valentía "tiene agallas", la expresión es solo un eufemismo pues no ha nacido aún humano que

pueda respirar bajo el agua, ya sea dulce o salada.

Sin embargo, lo imposible nos atrae y, por eso, en el ámbito de la inmersión, se siguen planteando nuevos retos y batiendo récords impensables. Hay, por ejemplo, quien es capaz de aguantar más de veinte minutos sin respirar metido en una cabina llena de agua, quien desciende más de cien metros en apnea o buceo libre, a pulmón, o más de trescientos metros con botellas. Y para la mayoría cruzar la piscina municipal buceando de un trón es ya en sí una hazaña.

El submarino, además de ser uno de los inventos tecnológicos más singulares, también ha motivado buenos chistes. Se dice, por ejemplo, que cuando las jóvenes parejas al atardecer se sientan románticos frente al mar en realidad contemplan "carreteras de submarinos".

Pero si "inmersión" fue una de las palabras curiosas e inolvidables que aprendimos en aquella serie de submarinos, "periscopio" fue otra de ellas. Y es que aquellos mecánicos gigantes, buceadores metálicos, no sólo eran capaces de surcar el mar sumergidos, invisibles para quienes habitaran la tierra o navegaban por la superficie del mar, sino que además podían emerger, sin ser vistos, y asomar únicamente el periscopio, como el cuello del cormorán, permitiendo a su tripulación ver sin ser vistos.

Hoy toda esa tecnología ha evolucionado enormemente y nuestros mares son vigilados por gigantescos submarinos nucleares anónimos cuyo coste es inimaginable. Sólo muy de vez en vez, cuando se produce alguna catástrofe, nos enteramos.

Pero, sin necesidad de semanajantes cacharros, cada uno de nosotros vivimos inmersos en nuestro día a día. Y lo hacemos individualmente pero también a nivel colectivo, pues la introspección es necesaria y práctica

Aunque aquí pretendamos, no sin razón, estar menos mal; es también cierto que tenemos antiguas hipotecas pendientes por las que los jóvenes no están dispuestos a seguir pagando mensualidades toda su vida

habitual de colectividades y pueblos. Por ello, cada vez resulta más indispensable el uso del periscopio para ver cómo cambia y progresa el mundo, como se reorganiza, qué prioridades establece en el ámbito de lo social, de la educación, de la tecnología y de la industria, qué alianzas internacionales se fraguan y cómo éstas van cambiando sutil pero permanentemente, convirtiendo a antiguos adversarios o incluso a enemigos en aliados ante lo que son las nuevas y cambiantes amenazas y retos.

Y en esta dinámica llega un año cargado de elecciones, en las que la ciudadanía, tras una prolongada inmersión, establecerá su veredicto. Y es que la sociedad vigila indistintamente a través del periscopio por el que parece vislumbrarse un período de cambios no traumáticos, pero sí irreversibles.

Hay todavía quien piensa, quien se empeña, en que no, que aquí no llegará la marea, que el Ebro la parará. Otros opinan lo contrario, que es difícil que se ataje una metamorfosis social propia de la era de la globalización y de la internacionalización.

Y es que, en la emergencia de los nuevos partidos que compiten por la hegemonía con quienes la han ostentado durante más de tres décadas, aquí y allí, hay mucho de relevo generacional; un fuego ya de por sí incandescente al que últimamente, además, hemos echado la leña del paro, de la frecuente falta de ética en la gestión, del abuso de poder...

Y aunque aquí pretendamos, no sin razón, estar menos mal, es también cierto que tenemos antiguas hipotecas pendientes por las que los jóvenes no están dispuestos a seguir pagando mensualidades toda su vida. Ante este panorama, muchos de nuestros partidos tradicionales han decidido renovar el cartel de cara a las principales contiendas. Sin duda, tras los comicios, las fórmulas de gobierno desplegadas no serán muy distintas a las del pasado reciente y pasarán por pactos tan poco anunciados como previsibles y necesarios, pero, incluso así, requerirán de nuevos protagonistas.

Para los nuevos tiempos hará falta gente con mucha capacidad torácica, que sepa alternar inmersión y periscopio con inteligencia, sin desmayo, pues, a la vez que unas generaciones maduras recelando de los necesarios cambios, los jóvenes huyen cada vez más de un modelo que, objetivamente, tiene dificultades para ofrecerles un futuro suficientemente atractivo.

* Matemático (www.enzuazua.net)

Albia
servicios funerarios

Nuestra Señora
de Begonia

Bilbao, Tellería 32	Zumaya, Santiago Auzoa, 26	Tel: 94 445 35 58	Tel: 94 386 15 56
Durangaldea, Pol. Padureta, UAI 3	Mutriku, San Agustín, 15	Tel: 94 620 40 81	Tel: 94 360 47 78
Zornotza, Pol. Biarritz, z/g	Eibar, Txalixa Zelai, 4-6	Tel: 94 630 19 44	Tel: 94 320 10 95
Ermua	Donostia, Maria Dolores Aguirre, 96	Tel: 94 317 69 84	Tel: 94 332 26 33

A tu lado.
Para tu tranquilidad.

www.albia.es



24h 900 24 24 20